INFORMES GENERALES

I

CERAMICA IBERICA EN TIERRA DE CAMPOS

Fiel a mi propósito de ir señalando a los especialistas y sabios los puntos que puedan interesarles para sus investigaciones en Tierra de Campos, me propongo dejar sentada en este trabajito la existencia de rastros fidedignos de civilización ibérica en Los Villares de Valderas (León), en Antanillas de Bolaños (Valladolid) y en el caserío de Morales, en Fuente de Ropel (Zamora), además del Altafría de Valderas, donde apareció un fragmento de cerámica pintada con semicírculos, el cual yo no he podido ver. Prescindo, pues, de las estaciones inmediatas a Palencia, de Lancia y del partido judicial de Benavente, aunque sus estaciones sean interesantes y limiten la Tierra de Campos, circunscribiéndolas en el triángulo que forman. Solamente me refiero a las antedichas estaciones, próximas al Seminario, de las cuales proceden los fragmentos, objeto del presente estudio, recogidos en los campos y barbechos por personas que no se preocupaban de ellos cuando aparecieron, o profanas en absoluto respecto a civilización ibérica.

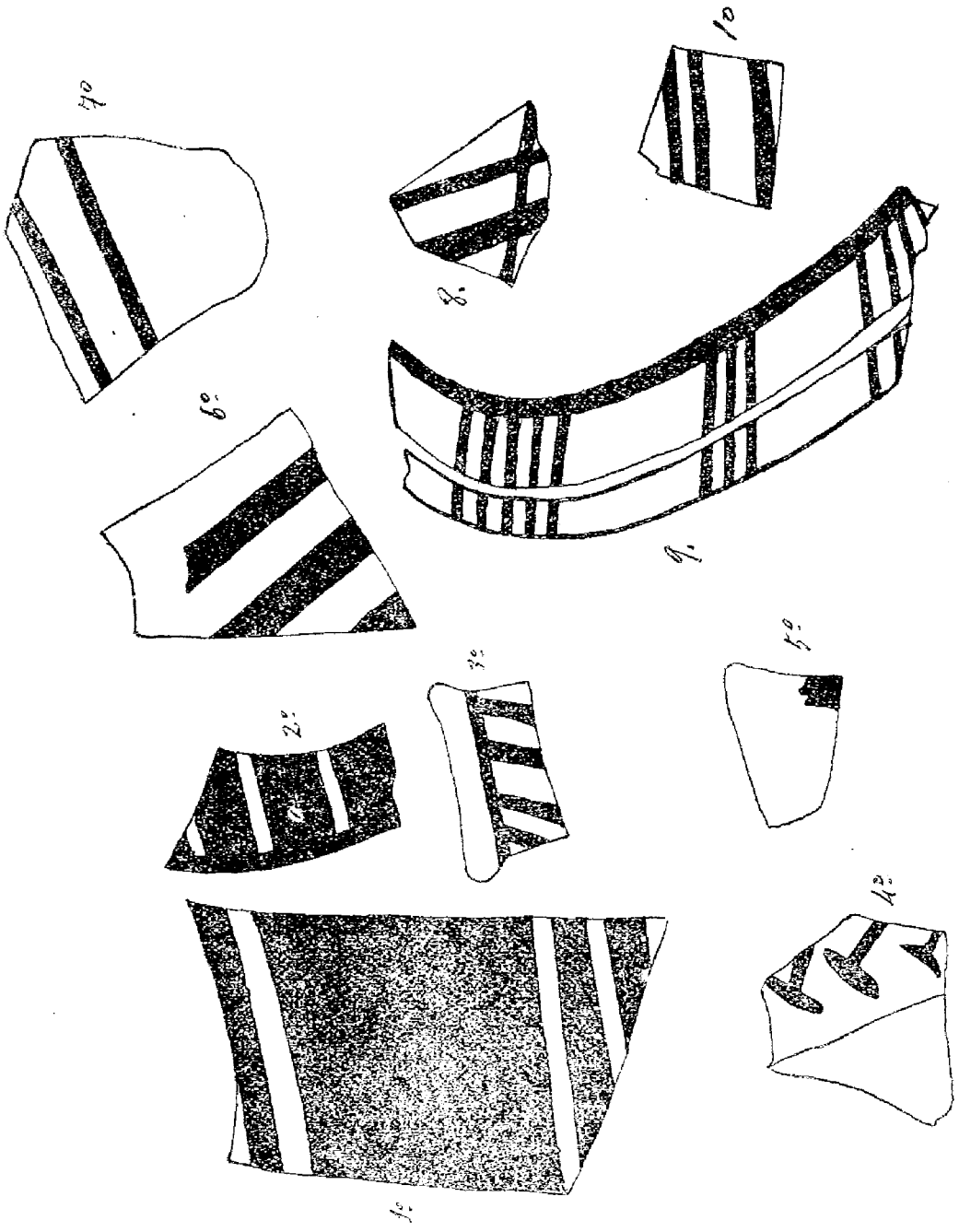
Entre los innumerables trozos de *terra sigillata* y otros mil variadísimos, aparecieron en las pequeñas excavaciones de Los Villares de Valderas unos fragmentos de barro bastante fino, de buena pasta, con señales del torno en su interior y bien alisados al exterior, sin baño arcilloso por encima. Su color rojo,

fino y limpio, lo mismo que su material (sólo motitas de mica finísima y arena silícea parece contener su arcilla, bien elaborada); su grueso, igual en algunos fragmentos de buen tamaño; la particularidad de presentar en la fractura dos colores tan diversos como el rojo al exterior y el ceniciento claro al interior, siguiendo con perfecta uniformidad, no sólo por sus respectivas superficies sino por la misma fractura, sin desviarse un ápice uno ni otro hacia dentro o hacia fuera, en un punto ni en otro de cada fragmento; llamaba poderosamente mi atención. Luego aparecieron otros fragmentos más gruesos, del mismo material y técnica; pero, su color ceniciento claro pasaba del interior al exterior por toda la pared de la vasija, produciendo grandes manchas cenicientas y aun negras en distintos puntos de cada fragmento; esto me desilusionó, al principio, un tanto. Pero, más tarde, aparecieron otros fragmentos, sin manchas, iguales en un todo a los primeros, pudiéndose apreciar en cinco de ellos señales de pintura blanca, hechas a pincel en gruesas líneas, hasta de cinco milímetros. Desde aquel momento ya no me quedó la menor duda, y recomponiendo con aquellos trozos lo que pude, apareció la parte superior de una gran vasija, de perfil redondeado, que hasta la iniciación del cuello presentaba cinco líneas blancas longitudinales en dos series: dos líneas junto al cuello y tres hacia la parte inferior, separadas entre sí 4,50 centímetros las más cercanas (fig. I). No se puede saber si continuarían las líneas hacia la parte de abajo, porque la última se halla en el borde inferior del fragmento. Luego he tenido ocasión de ver trozos de esta cerámica, procedente de otras estaciones.

Hay además, de Los Villares, un trozo de color negro, intenso por fuera y claro plomizo por dentro, con tres líneas blancas longitudinales en la cintura de la vasija cuyo es el fragmento (fig. II). Ni por el material, ni por la técnica, ni por su pureza, matiz y finísimo pulimento desmerece de los anteriormente descritos de la fig. I; fuera de otros que, perteneciendo a la misma clase, tienen rojizo y pardo exterior e interior (con la capa cenicienta en medio), presentando manchones y fajas como de fumigación en distintos puntos.

De Morales tengo, cogidos al azar (por una persona que se

comprometió a mandarme alguna muestra de lo que le parecía haber visto por aquellos campos), sólo dos trozos, que llegaron entre un centenar de fragmentos de variadísima cerámica.



El uno es de pasta blanca mate, fina, limpia de impurezas y con fractura muy suave, uniforme en absoluto y un poco más baja de color que su interior, algo más bajo también que su exterior. Muy bien alisada la superficie y no con igual esmero el borde; tanto éste como el perfil del pequeño fragmento tienen

mucho de clásico, y su pintura achocolatada, terrosa y a pincel, después de cocido el cacharro (desaparece frotando con fuerza), consiste en una línea longitudinal bajo el borde y cuatro líneas inclinadas, equidistantes unas de otras, como cinco milímetros, sin perfecta regularidad. El dibujo no es malo; parece haberse llevado el pincel con más seguridad en la línea del borde que en líneas inclinadas, cuyo tono es también un poco más oscuro que el de aquélla (fig. III).

El otro fragmento, de color amarillo muy rojizo, un poco más amarillo en el interior que al exterior, con fractura de color ladrillo muy uniforme, pero de pasta más impura y de factura más descuidada, aunque apenas se perciben las señales del torno (a causa del fino alisamiento y quizá también de un baño arcilloso antes de la cocción), al exterior presenta dos zonas, mate la una y con brillo gelatinoso muy fino la segunda, donde se hallan las pinturas. Estas se reducen a dos series de gruesos trazos, de color rojizo achocolatado, juntas o yuxtapuestas, de suerte que parece ser la intención del artista formar con ellas una serie longitudinal de ángulos, que fué pintando sin cuidarse mucho de su perfección geométrica. Resiste muy bien el frote, y tanto el baño como la pintura parecen ser anteriores a la cocción (fig. IV).

De Bolaños tenemos varios trozos. El primero, rojo, con fractura uniforme, color de ladrillo, fino, pero se advierte alguna impureza blanquecina en la pasta; también tiene dos zonas, una de color natural del barro en la cocción y otra pintada con rojo más bajo, sin que se advierta otra pintura sobre este fondo de la zona (fig. V). Otro de la misma pasta y uniformidad, pero más grueso y con las señales del torno en su interior, muy distintas del anterior, ya que son anchas y de perfil ondular, en tanto que las del primero son estrechas, casi cuadradas y muy profundas, cual si fueran de cerámica de incisión. Presenta un baño arcilloso que al exterior le da un color blanco amarillento parduzco, y varios trazos gruesos de seis milímetros, inclinados, que se asemejan a los de una *m* en la escritura gótica, hechos a pincel con pintura arcillosa y achocolatada (fig. VI).

Hay otros cacharros más finos: de color pardo amarillento

al interior y más amarillento o anaranjado al exterior; su pasta, muy pura, limpia y bien elaborada, presenta un color amarillento rojizo en todo el grueso. Aunque tenemos varios fragmentos de distintos términos, sólo uno, perteneciente a una vasija de buen tamaño, y encontrado en San Esteban, presenta dos líneas longitudinales en rojo mucho más bajo que el anaranjado de la superficie. Dichos fragmentos, elaborados con mucho esmero, tienen cuidadosamente alisadas en su interior las señales de torno (que suelen quedar en fajas), con una tela muy fina (fig. VII).

Hay otro fragmento plomizo verdoso al exterior y pardo negruzco al interior, pero no de tan fina pasta como los anteriores; presenta, en cambio, la superficie exterior alisada, pulimentada y brillante; tiene una línea horizontal y dos inclinadas, que siguen hacia abajo después de cortarla (fig. VIII).

Por último, vienen algunos fragmentos, de una pasta muy fina, dura, limpia y bien elaborada, con un hermoso color, en su fractura (de vivo salmón), y la superficie exterior blanquecina o amarillenta; alguno tiene un bruñido y brillo finísimos. Sólo un asa de una gran vasija, que mide 13 cms. (el fragmento casi completo), tiene señales de pintura negra en tres series de líneas horizontales en la parte superior media e inferior del dorso; la primera de cinco líneas, la segunda de tres y la tercera de cuatro; desiguales en anchura y más o menos cercanas las unas a las otras. Casi todos los fragmentos proceden de Antanillas y del Sobaco (fig. IX).

Otros hay en la colección, menos interesantes, muy parecidos en pasta y técnica a los que tengo con pintura de otras estaciones. Mas sólo me propuse acusar la existencia de las estaciones enumeradas con fragmentos recogidos al azar por personas que ni los buscaban ni tenían la menor noticia de tal cerámica, para que los aficionados y especialistas puedan formarse una idea de la importancia que puede tener para ulteriores y más detalladas observaciones.

Valderas 8-XI-1924.

EUGENIO MERINO.